

Perspectivas alemanas

León Trotsky

22 de junio de 1933

(Tomado de “Perspectivas alemanas”, en AAVV, *Revista Comunismo (1930-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 516-523, que reproduce el artículo publicado en *Comunismo*, número 28, septiembre de 1933. Escrito en el exilio en Turquía el 22 de junio de 1933, este texto aparece en castellano en septiembre de 1933 respetando el título de “Perspectivas alemanas” con el que apareció, al menos hasta donde sabemos, en traducción al inglés en las ediciones de septiembre-octubre y noviembre de 1933 de *Class Struggle* con el título “German Perspectives” para, poco después, ser publicado en otra traducción al inglés, bajo el título “How Long Can Hitler Stay?” (“¿Cuánto tiempo puede durar Hitler?”) en *The American Mercury*, Volumen 31, Número 1, enero de 1934, páginas 1-17. Con este título aparece incorporado a *La lucha contra el fascismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1980, página 319 y siguientes [*La lucha contra el fascismo (y anexos)*, página 254 y siguientes del formato pdf en nuestra serie [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\)](#) ([Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales](#))])

1.- *El optimismo burocrático*. – Después de un incendio no es cosa fácil instalarse de nuevo. Más difícil es todavía encontrar de nuevo el camino después de una gran derrota política. Los partidos suelen resistirse a reconocerse vencidos, sobre todo cuando una gran parte de la derrota recae sobre sus propias faltas. Cuanto mayores son las proporciones del desastre, tanto más difícil resulta para el pensamiento colectivo el afianzamiento sobre nuevas posiciones, la elaboración de una nueva perspectiva y la subordinación de la dirección y de los ritmos de trabajo ulterior a la nueva realidad creada.

La historia militar, al igual que la historia de la lucha revolucionaria, registran un gran número de derrotas suplementarias, que son el resultado de la falta de apreciación de las proporciones de la derrota principal. Una dirección que por falsa dignidad trata de encubrir la derrota emprendiendo ofensivas inoportunas, no consigue otra cosa que completar el desastre llevando a la destrucción inútil a su propio ejército. En la guerra, semejantes criminales tentativas conducen necesariamente al aniquilamiento en masa de la fuerza viva, maltrecha ya moralmente por los choques anteriores. En la lucha revolucionaria caen víctimas de las aventuras los elementos más combativos, aislados, de las masas por el resultado adverso de la batalla principal. La audacia de llevar la ofensiva hasta el final, y la capacidad de reconocer la derrota y batirse en retirada a tiempo, son dos características inseparables de una estrategia madura. No se da con frecuencia una unión de estas dos facultades. En el fondo, no ha habido en la historia una sola gran derrota revolucionaria en que, por lo menos, una parte de los jefes no haya tratado de seguir ciegamente adelante, a despecho del cambio de la situación. Después de la revolución de 1848, Marx y Engels tuvieron que delimitarse severamente de algunos emigrados que querían, ni más ni menos, trasponer la derrota considerándola como un episodio accidental. Después de la victoria del zarismo sobre la revolución de 1905, Lenin se vio obligado a romper con algunos partidarios suyos que querían, como si nada hubiera ocurrido, mantener el curso hacia la insurrección armada. En la capacidad para saber rearmarse (cambiar las consignas) con rapidez a cada cambio brusco de la situación, es donde reside la cualidad más importante de la escuela marxista del realismo revolucionario.

La escuela de los epígonos del bolchevismo nos ofrece en abundancia de modelos de ceguera estratégica que se quieren hacer pasar por valentía. Si la elección de estos ejemplos es difícil, es solamente a causa de su abundancia. Cuando en otoño de 1923 el

partido comunista alemán hubo abandonado, sin combate, el terreno al adversario, sembrando la más profunda confusión en las filas del proletariado, la dirección de la Internacional Comunista¹ proclamó en Alemania el curso hacia la insurrección armada. En el curso de los dos años siguientes, la política de las pequeñas aventuras quebrantó los nervios de la vanguardia proletaria, más aún que logran, derrota. Cuando Chiang-Kai-shek, a quien la dirección de la IC se había obstinado en considerar como su aliado más seguro, aplastó a los obreros de Shanghái, y cuando su segundo aliado, Van-Tin-wei, ahogó en sangre el movimiento de los campesinos, el Presidium de la IC juzgó el momento oportuno de declarar que la revolución china “se elevaba a un estadio superior”. El rumbo hacia la insurrección armada, que se derivó de la miopía de la dirección internacional, condujo a la heroica aventura de Cantón, en diciembre de 1927, y a una serie de tentativas menos importantes, pero lo suficientemente nefastas para completar trágicamente la revolución china.

La catástrofe actual en Alemania constituye, con seguridad, la mayor derrota en la historia de la clase obrera. El cambio de situación impone una rápida modificación estratégica. Pero basta que no se pueda diferir actualmente un profundo viraje, para que la burocracia se obstine en mantener la falsa orientación del optimismo insurreccional, como si nada hubiera ocurrido. Ella califica de *derrotistas*, no a los causantes de la derrota (tendría que adjudicarse a sí misma este calificativo), sino a los que saben sacar las conclusiones políticas indispensables de la realidad, de la derrota. La lucha que se desarrolla actualmente en torno a la cuestión del desarrollo político de Alemania tiene una importancia excepcional: para la suerte de Europa y del mundo entero.

En el proceso de las ideas actuales damos de lado a la socialdemocracia: la putrefacción repugnante de este partido no le consiente ninguna posibilidad, ni aun para ejecutar maniobras de prestigio burocrático. Los dirigentes no tratan siquiera de sembrar la creencia de que disponen de ideas o de planes. Después de haber perdido en absoluto la cabeza políticamente, su única preocupación es salvar la cabeza físicamente. Estas gentes han venido preparando su infame derrota por toda su política desde el principio de la guerra imperialista. La tentativa de la vieja dirección, emigrada al extranjero, de salvar el partido, está condenada por anticipado: ningún revolucionario se entregará a la áspera lucha en la ilegalidad, bajo la dirección de estos lacayos impenitentes de la burguesía. Una vez despertado el pensamiento político en las filas de la socialdemocracia se abrirá un camino nuevo. Pero esto no es cosa para hoy.

Sólo la orientación del partido comunista presenta ahora un interés político. Como organización de masas, está liquidado. Pero se mantiene un aparato central que edita literatura en la ilegalidad y en la emigración, convoca congresos antifascistas y elabora planes de lucha contra la dictadura nazi. Todas las faltas de los estados mayores vencidos encuentran al presente en este aparato su expresión suprema. “Los fascistas son los amos del día por el momento [escribe el órgano oficial de la IC]; su victoria es una victoria pasajera, de la que surgirá rápidamente la revolución proletaria... La lucha por la dictadura del proletariado está en Alemania a la orden del día.” Retrocediendo sin tregua, abandonando todas sus posiciones, perdiendo sus propios partidarios, el aparato no cesa de repetir que la ola antifascista crece, que el estado de espíritu se levanta, que hay que prepararse para la insurrección, si no para mañana, por lo menos, para dentro de unos meses. La fraseología optimista se ha convertido, para el mando vencido, en un medio de autodefensa política. El peligro del optimismo mentiroso es tanto mayor cuanto que la vida interior del proletariado alemán ha quedado sumida en las tinieblas; ni sindicatos, ni elecciones parlamentarias, ni cotizaciones, ni publicación de periódicos; no hay ninguna

¹ Nuestra serie: [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales.](#)

cifra que controle las consecuencias de la política errónea, ni que turbe la quietud de los jefes.

2.- *¿Madurez de la revolución, o ahondamiento de la contrarrevolución?* – Un gran argumento a favor de un pronóstico consolador es el hecho de que Hitler “no cumplirá sus promesas”. ¡Como si Mussolini hubiera tenido que cumplir su fantástico programa para mantenerse diez años en el poder! La revolución no es un castigo automático para los engañadores, sino un fenómeno social complejo, que no se realiza más que en virtud de una serie de circunstancias históricas. Recordémoslas una vez más: la confusión y la división de las clases gobernantes; la revuelta de la pequeña burguesía; la pérdida de su confianza en el orden existente; la creciente actividad combativa de la clase obrera; en fin, una política justa del partido revolucionario; tales son las premisas prácticas inmediatas de la revolución. ¿Estamos ahora en presencia de esto? Las clases poseedoras de Alemania se han encontrado, en el curso de los últimos años, en situación de una violenta lucha intestina. Ahora (si bien con el corazón en un puño) se someten todas al fascismo. El antagonismo entre los agrarios y los industriales, así como entre los diversos grupos de industriales, no ha desaparecido; pero existe una instancia superior, que reglamenta, en calidad de dueño supremo, todos los antagonismos.

La pequeña burguesía de Alemania hervía en el último período como una caldera. Hasta en su furo nacionalista había un elemento de peligro social. Ahora está unificada en torno a un gobierno, que se ha erigido sobre sus hombros, y disciplinada por una organización militar, salida de su seno. Las clases intermedias se han convertido en un poderoso sostén del orden. La conclusión es indiscutible: por lo que respecta a la grande y pequeña burguesía, las premisas del desarrollo revolucionario se encuentran en el pasado, o, lo que es la misma cosa, en un porvenir indeterminado.

En lo que concierne a la clase obrera, la situación no está menos clara. Si todavía hace algunos meses se mostraba incapaz, por falta de la dirección, de defender sus potentes posiciones legales de la ofensiva de la contrarrevolución, ahora, al día siguiente de su desastre, mucho menos será capaz de emprender la ofensiva contra las omnipotentes posiciones legales de los nacionalsocialistas. Los factores materiales y moral han cambiado profunda y radicalmente la relación de las fuerzas en detrimento del proletariado. ¿Es que hay necesidad de demostrar esto? La situación no es más favorable en el dominio de la dirección: el partido comunista no existe; su aparato, privado del aire fresco de la crítica, se asfixia en una profunda lucha interior.

¿En qué sentido se puede decir que “la lucha por la dictadura del proletariado está en Alemania a la orden del día”? ¿Qué se entiende aquí por “día”?

No es difícil prever las objeciones sinceras e hipócritas a nuestro pesimismo, falta de confianza en las fuerzas creadoras de la revolución, etc... ¡Reproches baratos! Con mayores motivos que nadie sabemos nosotros que el fascismo defiende una causa históricamente perdida. Sus métodos pueden darle resultados grandiosos, pero poco perdurables. No se puede someter, con ayuda de la violencia, más que a las clases que históricamente han vivido ya. Y el proletariado es la gran fuerza productora de la sociedad. Se le puede encadenar por un momento, pero no es posible someterle para siempre. Hitler promete *reeducar* a los obreros. Pero está obligado a emplear métodos pedagógicos que no son buenos siquiera para atraillar perros. El fascismo se romperá inevitablemente la nuca contra la irreconciliable hostilidad de los obreros. Pero, ¿cuándo y cómo? Una previsión histórica general no suprime las cuestiones palpitantes de la política: ¿qué hay que hacer (y, sobre todo, qué no hay que hacer) actualmente para preparar y acelerar el naufragio del nacionalsocialismo? Especular sobre la acción revolucionaria inmediata de las represiones fascistas y de las privaciones materiales es un ejemplo de materialismo vulgar. Seguramente, “la existencia determina la conciencia”.

Pero esto no significa en absoluto una dependencia mecánica e inmediata de la conciencia respecto de las circunstancias exteriores. La existencia se refleja en la conciencia siguiendo las leyes de la conciencia. Los diversos hechos objetivos pueden producir acciones políticas diferentes, a veces contrarias, en su dependencia hacia la situación general y los acontecimientos anteriores. Así, en la marcha de la evolución de la humanidad, las represiones provocaron más de una vez un levantamiento revolucionario. Pero después del triunfo de la contrarrevolución, las represiones consiguen casi siempre apagar las últimas llamas de la protesta. La crisis económica es capaz de acelerar la crisis revolucionaria, y esto se produjo más de una vez en la historia; pero al gravitar sobre el proletariado tras una gran derrota política, la crisis no hace más que agravar las tendencias de desagregación. Hablemos más concretamente: del ahondamiento de la crisis industrial nosotros no esperamos para Alemania consecuencias revolucionarias inmediatas. Una reanimación industrial durable dio más de una vez en la historia la preponderancia a las tendencias oportunistas en el proletariado. Pero, después de un largo período de crisis y de reacción, un restablecimiento de la coyuntura puede, por el contrario, acrecentar la actividad de los obreros e impulsarlos en el camino de la lucha. Nos inclinamos a creer que esta variante es, a todas luces, la más verosímil.

Sin embargo, el centro de gravedad no reside actualmente en un pronóstico sobre la coyuntura. Profundos cambios psicológicos de las masas, que suman varios millones de seres, exigen largos intervalos de tiempo; es de esta evidencia de lo que hay que partir. Un cambio de la coyuntura, choques en el seno de las clases poseedoras, complicaciones internacionales, pueden producir, y producirán, su acción sobre los obreros. Pero los acontecimientos exteriores no pueden suprimir la lógica interna de la conciencia de las masas, no pueden permitir al proletariado saltar de un solo golpe por encima de las consecuencias de la derrota y escribir, de una manera súbita, una nueva página en el libro de la lucha revolucionaria. Si aun ocurriera que, en virtud de una combinación excepcionalmente favorable de las circunstancias exteriores e interiores, el principio del viraje se manifestara en un tiempo excepcionalmente corto, en uno o dos años, no por eso dejaría de subsistir enteramente la cuestión de nuestra política en el curso de los doce o veinticuatro meses próximos, durante los cuales la contrarrevolución seguiría conquistando posiciones. Es imposible desplegar una táctica realista sin perspectiva justa. Es imposible tener una perspectiva justa sin haber comprendido que en Alemania el porvenir inmediato pertenece, no a una madurez de la situación revolucionaria, sino a un ahondamiento de la contrarrevolución fascista. ¡Indudablemente, esto no es una sola y misma cosa!

3.- *La crítica de las faltas, instrumento del renacer revolucionario.* – La burocracia, aun la revolucionaria, olvida con excesiva facilidad que el proletariado no es solamente un objeto, sino también un sujeto de la política. A golpes en la cabeza, los fascistas quieren transformar a los obreros en homúnculos del racismo. La dirección de la IC espera, por el contrario, que los golpes de Hitler convertirán a los obreros en comunistas dóciles. Los obreros no son, sin embargo, una blanda arcilla en manos del alfarero. No se levantan, cada vez que caen, para emprender el camino desde el principio. Odiando y despreciando a los *nazis*, no están, sin embargo, dispuestos a volver a la política que les ha puesto al cuello el nudo corredizo de Hitler. Los obreros se sienten engañados y traicionados por su propia dirección. Están profundamente atormentados y quieren salir a todo trance del círculo infernal de la confusión, de las amenazas, de las mentiras y de las fanfarronerías, echarse a un lado, pasar inadvertidos, permanecer a la expectativa, sustraerse a la necesidad de resolver cuestiones que están por encima de sus fuerzas. Necesitan tiempo para cerrar las heridas de la desilusión. El calificativo general de este estado es: *indiferentismo político*; las masas caen en una sombría pasividad. Una

parte, desde luego, poco numerosa, busca un abrigo en las organizaciones fascistas. Es evidentemente inadmisibles meter en el mismo saco el paso demostrativo de políticos aislados al campo del fascismo y la entrada anónima de obreros en las organizaciones obligatorias de la dictadura; en el primer caso, se trata de carrerismo; en el segundo, de una pintura protectora, de una subordinación al amo. Pero, a pesar de todo, el hecho del paso de masas obreras bajo la bandera de la cruz gamada es un testimonio irrefutable del sentimiento de desesperación que se ha apoderado del proletariado. La reacción ha penetrado en los huesos de la clase obrera. Esto no es por un día.

En esta situación general, la burocracia jaquetona del partido, que no ha olvidado ni aprendido nada, se presenta como un puro anacronismo político. La infalibilidad oficial produce náuseas a los trabajadores. En torno del aparato se extiende el vacío. El obrero no quiere que, además del látigo de Hitler, se le azote con el látigo del optimismo engañador. El obrero quiere verdades. El desacuerdo irritante entre las perspectivas oficiales y la marcha real de los acontecimientos no hace más que introducir un elemento suplementario de desmoralización en las filas de los obreros avanzados.

Lo que se llama *radicalización* de las masas es un proceso molecular complejo de la conciencia colectiva. Para ponerse de nuevo en marcha es necesario, ante todo, que los obreros comprendan lo que ha pasado. La radicalización es inconcebible si la masa no se ha asimilado su propia derrota, si, por lo menos, su vanguardia no ha apreciado de una manera crítica el pasado, y no se ha elevado por encima de la derrota a un nuevo grado. Actualmente, este proceso no ha empezado todavía. Aun la prensa del aparato está obligada, entre dos exclamaciones optimistas, a reconocer que no solamente en el campo los nazis refuerzan sus posiciones, arrancando de cuajo a los comunistas, y calentando al rojo el odio de los campesinos por los obreros, sino que también en la industria, y sin ninguna protesta, se produce la eliminación de los últimos obreros comunistas que aún quedan. El causante de la derrota saca las consecuencias.

Frente a estos hechos, la burocracia, buscando puntos de apoyo para perspectivas optimistas, pasa del subjetivismo que le es propio a un fatalismo acabado. Que el estado de espíritu de las masas esté deprimido, poco importa; el nacionalsocialismo saltará pronto en pedazos, a causa de sus propias contradicciones. Ayer todavía se escribía que todos los partidos, en Alemania, desde los nazis a la socialdemocracia inclusive, no presentaban más que variedades de fascismo, en la ejecución de un programa común. Ahora todo se espera de las contradicciones en el campo dirigente. El conflicto entre Hitler y Hugenberg ocupa un lugar que no pudo llenar en su tiempo el antagonismo entre Hitler y Wels. El choque de los destacamentos de combate de los nazis y de sus comités de empresa, bajo el gobierno de Hitler, es considerado no solamente como inevitable, sino también como próximo: se cuenta por semanas y por meses. Reformismo y fascismo son gemelos; en compensación, un fascista amargado y un fascista que se ha elevado al poder son antípodas.

Las nuevas faltas de cálculo político no son menos groseras que las antiguas. La *oposición* de los antiguos partidos del capital al nacionalsocialismo no es más que la resistencia instintiva del enfermo a quien el dentista arranca una muela podrida. Los telegramas dan cuenta de la ocupación por la policía de todos los locales del partido nacional alemán. Los acontecimientos siguen la ruta marcada en la hoja. El conflicto Hitler-Hugenberg no es más que un episodio en la concentración de todo el poder en las manos de Hitler. Para cumplir su misión, el fascismo tiene que fundirse con el aparato estatal.

Es muy verosímil que desde ahora mismo haya numerosos combatientes fascistas que estén descontentos: no se les ha permitido siquiera saquear en la medida de sus deseos. Pero, sean las que fueren las formas agudas que tome este descontento, esto no

puede constituir un factor político serio. El aparato estatal triturará a los pretorianos rebeldes por partes, reformará los destacamentos poco seguros, corromperá a la dirección. A grandes masas de la pequeña burguesía se les pasará la borrachera; esto es absolutamente inevitable. Pero ello se producirá en momentos distintos y bajo formas diversas. Las explosiones de descontento pueden, en ciertos casos, preceder a la recaída de las capas más pobres, engañadas por el fascismo, en un estado de marasmo. Desde luego, no hay que esperar de todo esto, en ningún caso, una iniciativa revolucionaria independiente.

Los comités de fábrica nacionalsocialistas dependen incomparablemente menos de los obreros que lo que dependían en su tiempo los comités reformistas. En una atmósfera de reanimación, es verdad, aun los comités de fábrica fascistas pudieran convertirse en puntos de apoyo de la ofensiva obrera: el 9 (22) de enero de 1905, la organización obrera creada por la Ockrana² zarista se convirtió por un día en palanca de la revolución. Pero ahora, cuando los obreros alemanes atraviesan por una desilusión y una humillación dolorosas, sería absurdo esperar que entablen una lucha seria bajo la dirección de los burócratas fascistas. Los comités de fábrica serán seleccionados desde arriba y utilizados para engañar y someter a los obreros.

¡No hay que dejarse embaucar! Una derrota vestida de ilusiones equivale a una perdición. La salud está en la claridad. Sólo una crítica implacable de las propias faltas y errores puede preparar la gran revancha.

4.- *Perspectiva justa y política realista.* – Se puede juzgar como un hecho de experiencia que el fascismo alemán trabaja con ritmo rápido en comparación con los ritmos italianos: esto no es solamente debido al hecho de que Hitler se apoya sobre la experiencia de Mussolini, sino, ante todo, a causa de la estructura social superior de Alemania y de la gran tirantez de sus contradicciones. De esto se puede sacar la conclusión de que el nacionalsocialismo, en el poder, se gastará más rápidamente que su predecesor italiano. Pero en su degeneración y en su descomposición, el nacionalsocialismo no puede caer por sí mismo. Es necesario derrocarlo. El cambio de régimen político de Alemania actual es imposible sin insurrección. Actualmente, verdad es, no se aprecia la proximidad directa e inmediata de la insurrección; pero, sean los que fueren los caminos sinuosos por los que marche el proceso, éste conducirá inevitablemente a la insurrección.

La pequeña burguesía, ya se sabe, es incapaz de una política revolucionaria independiente. Pero la política y el estado de espíritu de la pequeña burguesía no son indiferentes para la suerte de un régimen creado con su concurso. La desilusión y el descontento de las masas intermedias transformarán el nacionalsocialismo, como han transformado ya el fascismo, de un movimiento popular en un aparato policíaco. Por muy grande que sea la fuerza de este aparato en sí, no es posible que reemplace al torrente vivo de la contrarrevolución, que penetra por todos los poros de la sociedad. La degeneración burocrática del fascismo señala el principio de su fin.

En este estadio, sin embargo, se tropieza con una nueva dificultad: bajo la influencia de las derrotas se hipertrofian en el proletariado los centros retentivos. Los obreros se hacen circunspectos, desconfiados, expectantes. ¡Hay que esperar a que la erupción volcánica de la reacción se extinga! Pero la lava fría del estado fascista recuerda amenazadora lo ocurrido: Tal es la situación política de la Italia actual. Para emplear la terminología de la coyuntura económica se puede decir que la desilusión y el descontento

² Policía secreta del zarismo dedicada a la represión política, famosa por su eficacia. El pope Gapón y los sindicatos que le apoyaron, convocantes de la manifestación del 22 de enero de 1905 que dio origen a la primera revolución rusa, estaban vinculados a Zubatov, jefe de la Ockrana.

de la reacción pequeñoburguesa preparan el momento en que la *crisis* aguda del movimiento obrero se transformará en una *depresión*, que deberá a continuación, en cierta etapa, ceder el sitio a una *reanimación*. Tratar de adivinar actualmente por adelantado cuándo y bajo qué consignas comenzará la reanimación, sería un vano intento: hasta los estadios del ciclo económico presentan en cada caso un carácter *inesperado*, y esto es tanto más natural para las etapas del desarrollo político.

A un organismo que ha atravesado una grave enfermedad es indispensable rodearle de cuidados. En los obreros, sobre quienes ha pasado el rodillo compresor del fascismo, una táctica aventurera ha de provocar necesariamente una recaída en la apatía. De la misma manera, un agiotaje bursátil prematuro conduce a una reincidencia de la crisis. El ejemplo de Italia muestra que un estado de depresión política, sobre todo con una dirección revolucionaria falsa, puede diferir las cosas durante una serie de años. Una justa política exige, no que se imponga al proletariado una hoja de ruta artificial, sino que se extraiga una perspectiva y consignas de lucha de la dialéctica viva del movimiento. Las impulsiones favorables del exterior pueden abreviar extraordinariamente ciertos estadios del proceso: no es absolutamente fatal que la depresión dure años, como en Italia. Sin embargo, es imposible saltar por encima de las etapas orgánicas de un ascenso de masas. Acelerar, sin querer saltar: en esto reside el arte de una dirección realista. Una vez libre de la losa de plomo del fascismo, el movimiento obrero puede, aun en plazo relativamente corto, dar un gran paso. Solamente después de esto, y solamente bajo la dirección del proletariado, es cuando el descontento de la pequeña burguesía podrá adquirir un carácter político progresivo y restablecer una situación favorable para la lucha revolucionaria.

Las clases dirigentes tendrán que sufrir el reverso de este proceso: al perder apoyo en la pequeña burguesía, el estado fascista se revelará como un aparato de opresión extremadamente incierto. Los políticos del capital tendrán que orientarse de nuevo. Las contradicciones en el seno de las clases poseedoras saldrán al exterior. Frente al bloque de las masas que pasan a la ofensiva, Hitler sentirá a sus espaldas el vacío. Así se formará una situación inmediatamente revolucionaria, que anunciará la última hora del nacionalsocialismo.

Sin embargo, antes de que el proletariado pueda de nuevo emprender grandes empresas, debe hacer el balance del pasado. Su fórmula más general es: los antiguos partidos han muerto. Una débil minoría de obreros dice desde hoy: hay que preparar un nuevo partido. La pereza repugnante de la socialdemocracia y la irresponsabilidad criminal del seudobolchevismo oficial quedaron reducidos a cenizas en el fuego de la lucha. Los señores nazis han hablado de la raza de los guerreros. Sonará la hora en que el fascismo se encontrará con la raza invencible de los luchadores revolucionarios.

L. TROTSKY

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es